

# CÓMO DEBE SER LA MUJER DEL SABIO

por Santiago Ramón y Cajal

Queríamos honrar las páginas de SALUD con la magistral literatura del sabio y venerable maestro Ramón y Cajal, y nos atrevimos a pedirle autorización para reproducir un capítulo de su bellísima obra «Reglas y consejos sobre investigación científica». Y nuestro glorioso compatriota nos ha hecho el honor de autorizarnos, dedicándonos amablemente un ejemplar de su obra y envaneciéndonos con la carta autógrafa que reproducimos en la página siguiente.

CONTRA el parecer de muchos, hemos declarado que el hombre de ciencia debe ser casado y arrostrar valerosamente las inquietudes y responsabilidades de la familia.

No imitará el egoísmo de Epicuro, que se casó para ahorrarse cuidados e inquietudes; ni el refinadísimo de Napoleón, que sólo veía en la mujer una enfermera utilísima para la vejez (1). Para el hombre de ciencia, el concurso de la esposa es tan necesario en la juventud como en la ancianidad.

En este punto sólo haremos una restricción: que el sabio tenga muy en cuenta su propia y especial psicología (2) antes de escoger compañera. Y, sobre todo, que evite a todo trance que se la elijan los demás. Poco hay que insistir para justificar el matrimonio del sabio. En varón robusto y normal, el celibato suele ser invitación permanente a la vida irregular, cuando no a los abandonos del libertinaje. Y las ideas son flores de virtud que no abren sus corolas, o se marchitan rápidamente, en el vaho de la orgía. Por otra parte, el soltero vive en plena preocupación sexual. En él la intriga galante interrumpe demasiado la marcha de la intriga especulativa. Y, según es notorio, no hay más seguro medio para despreocuparse de mujer que satisfacerse de mujer. Además, según se ha dicho muchas veces, el hogar feliz destierra del alma el egoísmo, ennoblece el instinto sexual, genera altos anhelos sociales y fortalece el patriotismo.

¡Elección de compañera! Tocamos aquí a un punto delicadísimo. ¿Qué cualidades han de adornar a la elegida de un hombre de ciencia? Cuestión gravísima, porque hartos sabido es que los atributos morales de la esposa son decisivos para el éxito de la obra científica. Muchos ciudadanos padecen mujer, pero se la padecen ellos solos; mas de la mujer del sabio sufre, a veces, la sociedad y hasta la humanidad entera. ¡Cuántas obras importantes fueron interrumpidas por el egoísmo de la joven esposa! ¡Qué de vocaciones frustró la vanidad o el capricho femenino! ¡Cuántos profesores esclarecidos rindiéronse al peso de la coyunda matrimonial, convirtiéndose en vulgares buscadores de oro y rebajándose y esterilizándose con el

(1) Conocida es la frase célebre de Bonaparte pronunciada ante el Consejo de Estado, cuando era cónsul: «Si el hombre no envejeciera, desearía que se pasase sin mujer».

(2) Aludimos aquí especialmente a los efectos de la concentración mental y del trabajo intensivo, capaces de convertir en perpetuo distraído, tan flojo y descuidado en la educación de sus hijos como en la administración de sus bienes.

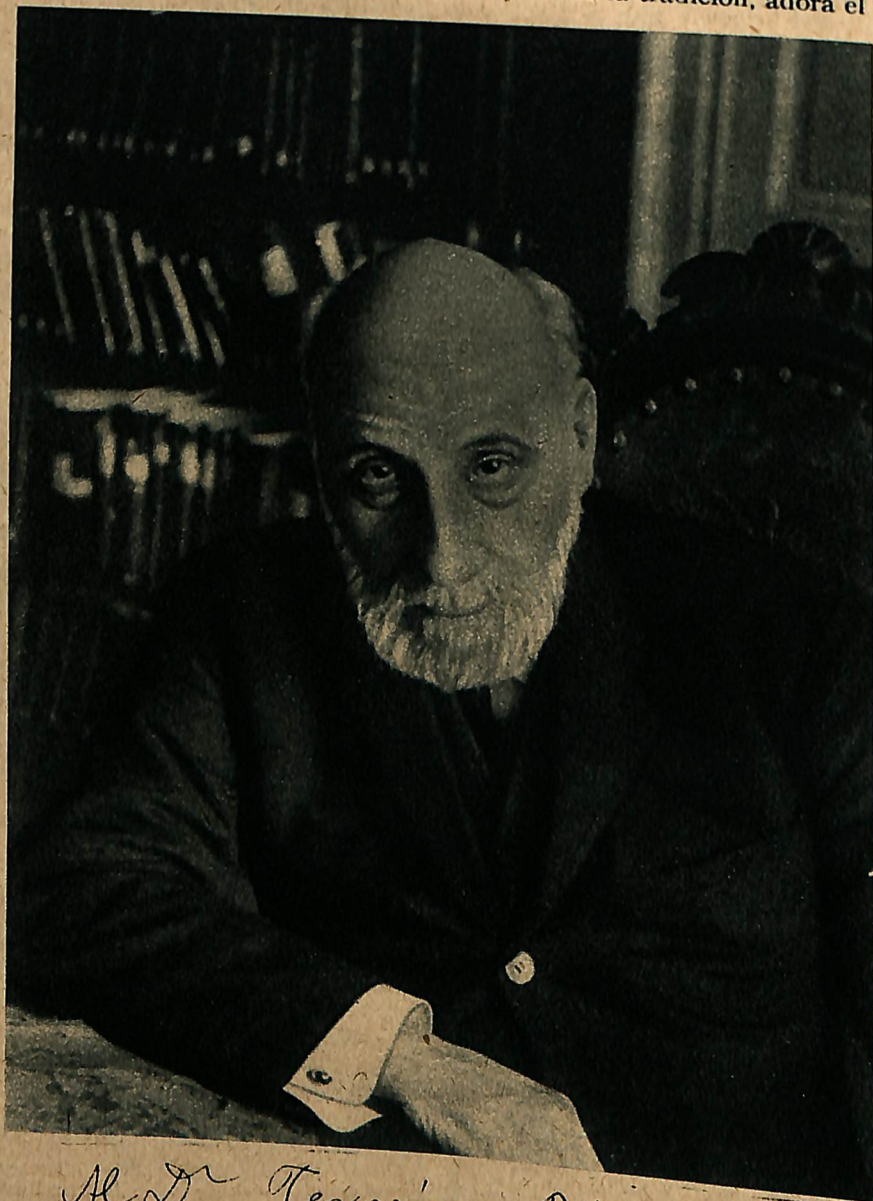
acaparamiento insaciable de dignidades y prebendas! Hasta los impulsos más humanos y nobles de la esposa, cuando alcanzan excesiva expansión, constituyen formidables enemigos de labor científica. Según es notorio, alienta en la mujer el espíritu de familia, la sana tendencia a la conservación física de la raza. ¡Santo egoísmo, porque presenta el supuesto interés de la especie! No sin razón y profundidad ha dicho Renán: «Lo que quiere la mujer lo quiere Dios.» Convarón sabe distribuir sus afectos entre la familia y la sociedad. La mujer ama la tradición, adora el privilegio, desdeña la justicia y sue-

le ser indiferente a toda obra de renovación y de progreso; al paso que el hombre verdaderamente digno de este título, el *homo socialis*, abomina de la rutina y del privilegio, venera la justicia y antepone, en muchos casos, la causa de la Humanidad al interés de la familia. Por eso, la madre anhela vivir solamente en la memoria de sus hijos, mientras que el padre ansía, además, sobrevivir en los fastos de la Historia.

Ambas tendencias, la centrípeta y la centrífuga, la de concentración y de expansión, son legítimas y necesarias. De su armonía y acomodo dependen la prosperidad de la raza y los avances de la civilización. Cuando la tendencia altruista del varón predomina demasiado, la prole decae; por el contrario, si la tendencia femenil prepondera, medra la familia, pero padecen la sociedad y el Estado. En el hogar del sabio, como en el del político honrado, reinará el espíritu de abnegación y de sacrificio; pero no hasta el punto de crear condiciones adversas al desarrollo y educación de los hijos. Porque, aun colocándonos en el punto de vista del interés colectivo, no es dudoso que las querellas y preocupaciones domésticas, cuando son continuadas, acaban por agriar la vida del pensador, dificultando por ende la prosecución de la obra científica o social.

En suma, como norma general, aconsejamos al aficionado a la ciencia buscar en la elegida de su corazón, más que belleza y causal, adecuada psicología, esto es, sentimientos, gustos y tendencias, en cierto modo, complementarios de los suyos. No escogerá la mujer, sino «su» mujer, cuyo mejor dote será la tierna obediencia y la plena y cordial aceptación del ideal de vida del esposo.

Llegados a este punto, desearemos acaso el lector que, abandonando el terreno de las generalida-



Al Dr. Ferrnara Pixer  
en testimonio de alta  
consideración y cordial  
simpatía  
S. Ramón y Cajal

des, definamos el tipo de mujer más adecuado al hombre de ciencia. Séanos lícito dar aquí nuestro parecer con las naturales reservas y miramientos. Y a los que sonrían al vernos descender a estos menesteres, les diremos que no es cosa frívola aquello que, como el amor, decide de la vida. Ni es indiferente que la mujer sea para el hombre de estudio gas que lo eleve hasta el cielo o lastre que le obligue, en lo mejor de su vuelo, a «aterrizar» en el pantano.

Entre las mujeres de la clase media, donde el hombre de estudio suele buscar compañera, figuran cuatro tipos principales, a saber: «la intelectual, la heredera rica, la artista y la hacendosa.»

La «mujer intelectual», es decir, la joven adornada con carrera científica o literaria, o que llevada de vocación irresistible al estudio ha logrado adquirir instrucción general bastante sólida y variada, constituye especie muy rara en España. Hay, pues, que renunciar a tan grata compañía. Ello es sensible, sin duda; aunque los pocos ejemplares de doctoras (salvo un par de excepciones) que hemos conocido en Ateneos, Laboratorios y salones, parecen empeñadas en consolarnos de su inaccesibilidad.

Abunda, por lo contrario, en el Extranjero, esta categoría femenina, de la cual destaca con singular prestigio la «mujer sabia», colaboradora en las empresas científicas del esposo y exenta (en cuanto ello es posible) de las fantasías y frivolidades del temperamento femenino. Mujer semejante, inteligente y ecuánime, rebosante de optimismo y fortaleza, constituye la compañera ideal del investigador. Ella triunfa en el hogar y en el corazón del sabio, ciñendo la triple corona de esposa amante, de confidente íntima y de asidua colaboradora. El caso, repetimos, no es excepcional en las venturosas naciones del Norte.

¡Con qué admiración, no exenta de envidia, hemos contemplado en algunos Laboratorios esas parejas dichosas entregadas afanosamente a la misma labor, en la cual pone cada cónyuge lo más exquisito de su temperamento mental y de sus aptitudes técnicas! Sin insistir en el ejemplo conmovedor de los esposos Curie, descubridores del radio, y concretándonos al reducido círculo de nuestras amistades y aficiones científicas, surgen en nuestra memoria las imágenes de tres admirables parejas: M. y Mme. Déjérine, de París, consagrados al estudio de la anatomía normal y patológica del cerebro; M. y Mme. Nageotte, de la misma ciudad, entregados en común a investigaciones histológicas y neurológicas, y, en fin, los esposos C. Vogt y Cecilie Vogt, del Instituto Neurobiológico, de Berlín, ocupados en la magna empresa de la cartografía parcelaria del cerebro humano, al modo de los astrónomos que se pasan la vida absortos en la fotografía y catalogación de estrellas y nebulosas.

Pero, repetimos, esta «ave lénix», doctora seria y discreta, colaboradora asidua del esposo, no se ha dignado todavía aparecer en nuestro horizonte social, donde, por caso extraño, los más grandes talentos femeninos son autodidácticos y ajenos por completo a los estudios universitarios regulares. El hombre de ciencia español debe, pues, elegir entre las otras categorías femeniles.

¿Se dirigirá hacia la «mujer opulenta»? Nos parece peligrosísimo. Habituada a una vida de molice, de fausto y de exhibición, milagro sería que no contagiara sus gustos al esposo, repitiéndose con ello el caso del ilustre físico inglés Davy, quien por haberse enlazado con hembra linajuda, suspendió casi del todo su brillante carrera de investigador, consumiendo lo mejor de su vida en fiestas y recepciones del gran mundo.

Gran fortuna sería topar con heredera rica e ilustrada que, abandonando los caprichos y vanidades del sexo, consagrara su oro al servicio de la ciencia. Admirables mujeres de este género abundan en Francia e Inglaterra. En nuestro país no hemos conocido un profesor

aficionado al laboratorio para cuya obra no haya sido fatal la riqueza de la esposa. Si la discreción no sellara nuestros labios, podríamos demostrar aquí con ejemplos vivos cómo los gustos neciamente ostentosos de la cónyuge o el egoísmo exagerado de la madre de familia han interrumpido carreras brillantes, obligando al novel hombre de ciencia a trocar el estudio por la política, el microscopio por el automóvil y las redentoras veladas del laboratorio por las ociosas horas de la tertulia o del teatro.

Pero no censuremos demasiado a estas ricas hembras, excelentes en el fondo, aunque víctimas de su incultura, al fin; los reproches inacabables con que paralizan las honradas iniciativas del esposo (¿para qué esforzarte, si tienes con qué vivir holgadamente?, etc.), son disculpables, ya que se inspiran en el amor conyugal. ¡Harto más antipáticas son esas altivas herederas que, sin miramiento alguno, echan en cara al infeliz consorte su condición parásita e incapacidad financiera, y que, mortificándole con diarias pullas, obliganle a trabajar como bestia de carga, a fin de sufragar por entero (la dote de la mujer se disipa en adornos, alhajas, muebles lujosos y jiras a balnearios y playas a la moda) el fausto de una vida tan llena de vanidad como vacía de ideales!

¿Preferirá el sabio la «mujer artista» o la «literata profesional»? Salvo honrosas excepciones, tales hembras constituyen constantes perturbaciones o perenne ocasión de disgustos para el cultivador de la ciencia. Desconsuela hacer constar que en cuanto goza de un talento y cultura viriles, suele la mujer perder el encanto de la modestia, adquiere aires de dómine y vive en perpetua exhibición de primores y habilidades. La mujer es siempre un poco teatral; pero la literata o la artista están siempre en escena. ¡Y luego tienen gustos tan señoriales y complicados!... Al fin, la esposa opulenta suele subvenir a sus antojos. Poco amiga de libros y revistas, curioseas solamente joyerías y tiendas de moda; pero la literata pasea con igual codicia sus miradas por los escaparates de alhajas y sombreros y por las muestras de las librerías. No queda, pues, a nuestro sabio en ciernes, como probable y apetecible compañera de glorias y fatigas, más que la «señorita hacendosa» y económica, dotada de salud física y mental, adornada de optimismo y «buen carácter», con instrucción bastante para comprender y alentar al esposo, con la pasión necesaria para creer en él y soñar con la hora del triunfo, que ella diputa segurísimo. Inclineda a la dicha sencilla y enemiga de la notoriedad y exhibición, cifrará su orgullo en la salud y felicidad del esposo. El cual, en lugar de reconvencciones y resistencias, hallará en el hogar ambiente grato, propicio a la germinación y crecimiento de las ideas. Y si, por fortuna, sonríe la gloria, sus fulgores rodearán, con una sola aureola, dos frentes gemelas.

¡La gloria!... Ella, esposa modesta, la merece también, porque gracias a sus abnegaciones, sacrificando galas y joyas para que no falten libros y revistas, consolando y confortando al genio en horas de desaliento, hizo al fin posible la ejecución de la magna empresa.

Por fortuna, este tipo delicioso de mujer no es raro en nuestra clase media. Muy desventurado será quien buscándola con empeño no logre encontrarla o no sepa asociarla de todo corazón a sus destinos. El toque está en conquistarla para la obra común, en constituirse en su director espiritual, en modelar su carácter, plegándole a las exigencias de una vida seria de trabajo intensivo y de recato austero; en hacer, en suma, de ella, según decíamos antes, un órgano mental complementario, absorbido en lo pequeño (si pequeñez puede llamarse el gobierno del hogar y la educación de los hijos), para que el esposo, libre de inquietudes, pueda ocuparse en lo grande, esto es, en la germinación y crianza de sus queridos descubrimientos y de sus especulaciones científicas.

Academia de Ciencias  
Exactas, Físicas y Naturales

Hoy 27 Mayo 1933,

D. Fernan Perez

Estimado amigo y compañero; No  
hay inconveniente en que reproduzca  
v. el capítulo a que alude. Pero como  
las ediciones de mis libros son todas bastante dife-  
rentes, tengo el gusto de enviarle la última.  
La he le quere y le entoma su  
compañero.

J. Prunellat